



HOMILÍA DEL OBISPO FERNANDO VALERA

MISA CRISMAL 2026

Hoy “In illo uno unum”, que se traduce como “En el único Cristo somos uno” o “En Él, que es uno, somos uno”. Es el lema del Papa León y el hilo conductor de mis palabras en esta Misa Crismal.

En la vida de San Agustín nos encontramos con la dispersión, como desmadejamiento del alma, que pierde su unidad y consistencia interior. Se pierde la unidad interior del alma y del corazón. Es el desmoronamiento de nuestra unidad íntima. Así lejos de Dios, divididos y fraccionados por las cosas, llenos de sí mismo, resulta que toda abundancia que no sea Dios es indigencia, hasta que descansemos de nuevo en Dios, uno y bueno. San Agustín enseña a recoger y centrar la mirada y el corazón, para no perderse en las cosas ni en uno mismo (Conf. 4. 12, 18).

La mente, alejándose de Dios se entenebrece, pero acercándose a él se ilumina, porque en Dios está la luz, Él es la luz. Lejos de Él agoniza, acercándose a Él recobra la vitalidad interior: “No te contentes con palpar la superficie, entra dentro de ti, penetra en lo más profundo de tu corazón” (S. 348,2).

La fidelidad silenciosa, invisible a los ojos del mundo, es la que permanece y da fruto (cf. Mt 6,4). Quien sirve en la Iglesia no busca que su voz prevalezca, sino que la verdad de Cristo sea la que hable. Ser “ser verbo encarnado, verbo ungido, verbo glorificado” (cf. San Ireneo de Lyon), es decir, estar configurados con Cristo para anunciar la Buena Noticia a los pobres, curar los corazones afligidos y llevar esperanza al Santo Pueblo de

Dios. Por eso la verdadera autoridad no se apoya en cargos, ni en títulos, sino en la libertad de servir. La fecundidad de la vida sacerdotal no depende de la aprobación humana, sino de la perseverancia de quien, unido a Cristo como el sarmiento a la vid, da fruto a su tiempo (cf. Jn 15,5). Todos los que

ejercemos un ministerio en la Iglesia, tenemos que unir verdad y caridad, prudencia y audacia, servicio y humildad, de modo que en todo resplandezca sólo Cristo: “En un mundo en el que la mentira es tan poderosa, la verdad se paga con sufrimiento” (Benedicto XVI). La interioridad es el espacio sagrado donde se produce el encuentro con la Verdad.

Solo sanan y maduran los buscadores de la verdad. Esta actitud imprescindible, unida a la humildad, nos rescatará siempre del pozo de la subjetividad e indiferencia. No es cuestión de confesar caídas, sino de reconocer ayudas y agradecer la misericordia del Padre, que rescata y sana.

Por eso mismo os invito a cuidar vuestra “interioridad humilde” a no dejaros atrapar por la queja, el cansancio, la falta de vocaciones. Mira al futuro, no con nostalgia, sino con la confianza de que el Espíritu sigue actuando: Vuelve al amor primero, escucha de nuevo su llamada, renueva tus promesas sacerdotales como un reto. Hace 800 años, San Francisco, cuyo carisma fue salvado porque se puso a los pies de la santa madre Iglesia, donde reconoce a los sacerdotes como un don y un regalo de Dios a pesar de sus debilidades, fragilidades y pecados. Ese amor primero, no es una experiencia intimista, es amor por la Iglesia, por esta Iglesia local, por el ministerio que cada uno ha recibido, por la llamada a entregar la vida.

Una de las frases más bellas del Papa León, comentando las “Letanías de la humildad”, es la frase: “la santidad se mide por la comunión... Debemos trabajar por nuestra propia santidad, mientras promovemos la de los demás, caminando junto a Cristo”. Es una invitación que nos alienta en este día a dejarnos atrapar por el Espíritu Santo (el que recibimos por la Imposición de Manos en la ordenación), para que sea Él y no nosotros el que haga su propia obra. Donde reconocemos la medida de la santidad es en la “fraternidad”, es en la “comunión”: “Señor, estoy donde Tú quieres, haciendo lo que Tú me confías, hoy”. Cuidemos los vínculos de nuestra fraternidad sacramental. Cuidémonos unos a los otros. Hagámoslo unidos al Santo Padre y al Obispo de la Diócesis. La palabra de vida, la Eucaristía, el servicio. Es lo que S. Agustín nos ha recordado: solo en la humildad y la pequeñez del Cristo paciente en la debilidad, se encuentra la grandeza de un Dios que es el Bien, que quiere el Bien y ama el Bien (es el escándalo de la Cruz). Por eso siempre decía: “El bien se difunde”. Solo quien se siente pobre y necesitado puede ser llenado de Dios.

Y, que Dios suscite en nosotros siempre lo único que permanece para la eternidad: En la humildad del corazón, llave que permite que la gracia de Dios “unja” nuestra vida con el misterio de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Un corazón sacerdotal que trabaja su interioridad hace espacio para Dios, hace espacio para los demás. Todo es don, todo es gracia

Dios te bendiga.